

CIENCIA, TECNOLOGIA Y CULTURA

Los representantes de las Academias y Asociaciones Científicas de Iberoamérica se reunieron el año pasado en La Paz, Bolivia con el objeto de examinar el papel que estas instituciones deben jugar en el contexto de las transformaciones de la economía mundial y las demandas de orden social de los países iberoamericanos en los umbrales del siglo XXI. El documento final que presenta las conclusiones a las que llegó este importante conclave en parte afirma que: *"No se puede concebir un desarrollo sostenible sin la activa participación de las comunidades científicas y tecnológicas. Las naciones iberoamericanas deben estar conscientes de que no son suficientes sanas políticas macroeconómicas ni bien concebidas políticas sociales para alcanzarlo. Solamente la creación de conocimiento por vía de la investigación científica y tecnológica propia, de la más alta calidad, puede garantizar el encuentro del camino al desarrollo."*

Los distinguidos científicos dejaron por fuera algo muy importante en esta declaración de principios al indicar que únicamente la ciencia y tecnología son la vía para obtener el desarrollo y bienestar de nuestros países. No solamente de ciencia puede vivir el hombre y al separar las comunidades científicas y tecnológicas de las comunidades artísticas y literarias, cometemos el error de educar a un hombre nuevo incapaz de buscar más allá del desafío que

encuentra en una ecuación matemática, bajo el lente del microscopio en el laboratorio, o frente a la máquina que intenta mejorar. Un hombre materialista, excepcionalmente egoísta e insensitivo, incapaz de pensar más allá de su cerebro, un cerebro agobiado por números, cifras, moléculas, diagramas, sin una neurona libre para disfrutar de un glorioso atardecer, el mágico sonido de un violín, o las palabras del poeta. Si se ve obligado a asistir a algún acto cultural, lo hace como una penitencia cuidándose de aclarar a todo el que pregunte, que está allí por obligación, robándole unas horas preciosas a su importante trabajo científico, que en realidad es lo que cuenta para el progreso y bienestar de la humanidad. Su interés en las artes plásticas es estrictamente desde el punto de una buena inversión. Los únicos libros que adornan sus paredes están relacionados con su profesión, importantes libros de consulta, nada tan baladí como una novela, un libro de cuentos, o un poemario. La literatura para él, aunque así no lo exprese en voz alta, es ocupación de vagos, resentidos sociales, lunáticos y amas de casa. Y cuando digo él, no me refiero únicamente al hombre como sexo. La mujer moderna, esa que trata de alcanzar por todos los medios la igualdad en el campo del trabajo, lo hace armada con números y cifras, dejando la literatura para las románticas que se quedaron en casa por falta de méritos.

Por muchos años, tuve la oportunidad de practicar la docencia médica, guiando a jóvenes internos, residentes y estudiantes de Medicina que rotaban por el Instituto Oncológico Nacional. Mientras mis colegas se afanaban indagando *a priori*, conocimientos

anatómicos y fisiológicos básicos de nuestros alumnos, mi pregunta inicial tenía que ver con la literatura universal.

A ver doctores, ¿saben ustedes quién escribió "La guerra y la paz"? Risitas nerviosas acogían la indagatoria. Miradas de asombro, con algo de duda acerca de mi sanidad mental. Y ¿"Los hermanos Karamazov"? o, ¿"Por quien doblan las campanas"? Silencio. Seguía después un pequeño discurso de mi parte acerca de la necesidad de tener una cultura literaria además de conocimientos científicos y desalentada, abandonaba el tema retomando la docencia oncológica. Un buen día, decidí cambiar de táctica. A lo mejor, estos jóvenes agobiados por síndromes y diagnósticos, necesitaban un estímulo más importante para despertar la memoria. El último grupo al que me atreví a interpelar estaba compuesto por media docena de jóvenes doctores, ansiosos de descifrar los misterios del cáncer.

-A ver, ¿Alguno de ustedes sabe quién era León Tolstoy ?

Una mano ansiosa se levantó en el fondo del consultorio.

-Dígame, doctor- indagué esperanzada.

-León Tolstoy es una calle en Puebla- contestó orgulloso uno de los externos que obviamente había estudiado en esa hermosa ciudad.

Esta vez nadie se rió. Todos miraron satisfechos al joven capaz de contestar a ciencia cierta la necia pregunta que nunca más me atreví a formular.

Sin embargo, no todo es desaliento en el panorama cultural del hombre de ciencias. En la primera semana de octubre, asistí como delegada de la Asociación Panameña para el avance de la Ciencia, (APANAC), al simposio de INTERCIENCIA organismo que agrupa a todas

las asociaciones dedicadas al avance de la ciencia en el continente americano. Esta reunión se llevó a cabo en el marco de Expociencia 93, feria internacional de la Ciencia e Innovación Tecnológica, un evento sin precedentes en el mundo de habla hispana, un impresionante esfuerzo del pueblo colombiano por mostrar al mundo de lo que es capaz, a pesar de los problemas internos que confronta con la guerrilla y el narcotráfico. Pabellones inmensos, mostraban lo mejor de la ciencia y tecnología en ese país, proyectos ejecutados por científicos probados y jóvenes estudiantes de toda las edades, lo más novedoso de la industria colombiana, un museo de los niños, un museo de la ciencia y el juego y un pabellón internacional en donde estaban representados numerosos países con novedosos proyectos. Además, una exposición de la más completa colección de hologramas artísticos y técnicos que se exhibe de manera permanente en Los Angeles, California. Hologramas de Ucrania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, en un impresionante despliegue de cultura visual en tercera dimensión. Durante los días de la feria se llevarían a cabo conferencias magistrales, talleres sobre diseño y desarrollo de proyectos, encuentro de profesores, investigadores e innovadores en la enseñanza de las ciencias. No se olvidaron de la exposición de artes plásticas, presentaciones de teatro, danza y grupos musicales de diferentes instituciones del país como parte del programa de Expociencia Juvenil. A la inauguración de tan magno evento, asistimos como invitados especiales todos los delegados de INTERCIENCIA y nos ubicaron en primera fila, el lugar de honor. Durante la ceremonia, sería

entregado el premio nacional de ciencia a un neurocirujano famoso, conocido mundialmente por haber inventado una válvula para aliviar la presión en el cráneo del niños hidrocefálicos y autor de numerosos textos e instrumentos. La ceremonia no empezaba. Los oficiales de la feria, nerviosos, se consultaban obviamente preocupados por la demora en llegar del designado para entregar el premio.

"Algún político importante"- pensé, -"alguien que viene a lucirse con el esfuerzo de otro".

Y llegó Gabo, Gabriel García Márquez, en persona, ofreciendo sus excusas por la tardanza. El Dr. Eduardo Posada Florez, presidente de la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia presentó al laureado escritor y en pocas palabras, matizadas por una gran emoción, hizo énfasis en lo imposible que es separar la ciencia de la cultura si aspiramos a un desarrollo sostenible, si deseamos llegar a ser hombres completos frente a ese utópico siglo venidero en que ciframos tantas esperanzas. Por ello, se había escogido al gran escritor para que entregara el premio a la ciencia durante una hermosa ceremonia muy difícil de olvidar y lloré en silencio, acordándome de León Tolstoy, relegado a ser únicamente una calle en Puebla si no hacemos un esfuerzo por reeducar al hombre de hoy. .